

## **POÉTICA DE LA CREACIÓN**

---

PABLO GARCÍA BAENA  
ACADÉMICO DE HONOR

---

Alguna vez, en esta Córdoba que ya no conozco pero a la que vuelvo siempre al acecho de encontrar la Córdoba perdida, me parecen de nuevo aquellos días de dicha al sorprender de las buganvillas derramantes sobre un muro, el sereno soñar de las campanas conventuales, el compás o la plaza reducida donde la cal recorta una casa que amamos. O por los pinos y castaños de Trassierra y de Sandua ante el revuelo de pájaros en las altas copas, el dibujo de la luz incipiente que camina a su ocaso entre el varal frondoso, detenía mis pasos en las errantes sendas donde la hierba verdea equivocando el tránsito, borrando huellas a la vera de la jara y el hinojo. Y en ese entreabrir de la soledad al silencio y a la belleza, al borde mismo de la poesía, recordaba vivas aquellas palabras del “Ocnos” cernudiano: “Mirar, mirar, ¿Es esto ocio? ¿Quién mira el mundo? ¿Quién lo mira con mirada desinteresada? Acaso el poeta y nadie más. En otra ocasión has dicho que la poesía es la palabra. ¿Y la mirada? ¿No es la mirada poesía? Que la naturaleza gusta de ocultarse y hay que sorprenderla mirándola largamente, apasionadamente. La mirada es un ala, la palabra es otra ala del ave imposible”.

Ya vuela libre. Ya esa embriaguez de mirada y palabra sostienen firmes lo real absoluto: la poesía con la honda raíz de lo plástico, de lo terrestre.

Más algo falta aún al vuelo que define el espacio. Vanas serán miradas y palabras si no consiguen, y esa es la misión del poeta, que su emoción, su legado al tiempo, pueda vivir en otras mentes, aunque de forma quizá distinta al transmitirlo. Lograr esa “cámara de los secretos” donde la palabra apenas musitada despierte en el que lee sus más veladas voces interiores, levantar esa difícil participación del lector —por otra parte necesaria como el coro en los sagrados ritos— es la humilde transcendencia de la poesía. No importa que el eco equivoque a la voz; lo dijo Paul Valery: “mis poemas tienen el sentido que se les dé, el que yo les doy se ajusta sólo a mí”. Fieramente humano el poeta no es el mago infalible y su realidad es también la realidad de los otros.

Si la poesía es “el pasado, el presente, el infinito, lo que fue, lo que es y ha de

ser siempre”, su emoción vagabunda existirá solamente en la medida en que responde a un deseo, a un interior anhelo común; y en todo esto se empareja con el amor y es la imaginación la que va más allá de lo tangible haciéndolos, deseos, anhelos, paradójicamente carnales, corpóreos. El poeta parece tener la llave de un universo donde lunas rojas, músicas increadas, labios fríos al labio, lucen, suenan, rozan, en una naturaleza enriquecida, pero de todos.

Una luz vigila en la noche. Acerquémonos al poeta en el momento de la creación. Sí, lo veo, está solo. Y lo imaginas, como tú tantas veces, bajo la cruda lámpara en altas madrugadas. La noche, auspiciadora de embelecocos, iluminada por la llama de amor viva en la noche de los místicos, oscurecida por el capuz de las nubes en la noche lúgubre de los románticos. La noche de sombras de Poe, la noche de amadas inmóviles de Bécquer, la noche que ríe descarada en las tabernas de Catulo, acompaña desde los libros el reducido cuarto. Y nos acordamos, en la indecisión de las líneas escritas sobre el papel blanco, de la cita de Lamartine:

Musa, contempla a tu víctima.

Así solitario y rebelde hasta con su propio creador, de tal forma es humano, irá naciendo el poema. En busca de ese don disputado avaramente, escatimado a veces, se moverá el poeta obstinado y sonámbulo por su cubil de sombras: allí están el amor, y la soledad y la muerte. El poeta los revive fúlgidamente como en aquellas viejas fotografías iluminadas por un fognazo de magnesio. A veces es una luz cruel y devastadora la que ilumina por dentro la carne del poema. Otras, por el contrario, la tristeza irá dorando suavemente de otoño las viejas ruinas de los días. Mas la frontera entre realidad-arte y ficción-vida, es mínima y el poeta llega a crear un engaño veraz. Tan veraz que Ortega y Gasset escribe que el poeta aumenta la realidad. Y añade “que un científico es superado por otro que le sigue: un poeta es literariamente insuperable”. Y a esto se acerca Octavio Paz cuando dice que cada obra artística es objeto único, insustituible, no una herencia y, al contrario de lo que ocurre con la técnica, una conquista, algo que inventa cada creador.

Ese creador que dejamos solo ante el papel albo, letal, de nieve donde inquirir pisadas, aislado vigía de la noche como el torero en su enclaustrado promontorio. Crece alrededor de él un bosque de silencio. Un centelleo de palabras, de señas, de murmullos, a veces desechados, a veces dolorosos le cercan. Y es una vida intensa de ideas y sensaciones la que intenta fijar, descubriéndose en el recuerdo a sí mismo. En esa búsqueda infatigable el poeta no se alejará de su biografía interior al revivir los cotidianos actos de los días; el crecer de la hierba y el cuchillo del heno, la dulzura y la larva de los frutos, el vino caliente de junio y su desesperación.

Si la novela como se ha dicho es autobiografía, hasta el extremo de que Flaubert exclamara: “Madame Bovary soy yo”, el poeta en interrogatorio íntimo a lo que es su vida —el pavoroso incendio del tiempo devorando los días— indagará en un dietario sinceramente riguroso el goce o la pérdida de lo que fue gloria momentánea, la cristalización de algo vivo, canción, carne, perfume. Juan Ramón Jiménez asentirá que “la órbita de la poesía es la vida misma, hombre y mundo”.

Y el doctor Castilla del Pino escribe: “Cuando la fantasía se concreta en una obra de arte literario, este resultado –una novela, un poema– remite directamente al autor cualesquiera que sean las mediaciones instrumentales de que se valga”.

El dominio del conocimiento permitirá al poeta bajar por las profundas calas que le aseguran una teoría de su arte. Indeciso siempre, le parecerá vagamente contemplar un estanque a la luz de la luna y su emoción ante la belleza se mezcla con los recuerdos del hombre al que ve arando junto a la orilla o a los enamorados que se abrazan en la penumbra. Comprenderá más tarde que es una página de Yeats la que está reviviendo, pero esos enamorados, ese desdoblamiento en otra dimensión ¿no es él mismo? Vivida, escrita, la emoción está ahí palpitante, transmitida a través del tiempo.

Tocando está a la puerta la sabia memoria del pasado que nos acercará poetas y símbolos. Entre los nuestros, Góngora podría ser el poeta de la perfección, el frío fuego del diamante. Aquilatar ese diamante en serenidad es tarea de fray Luis de León. Poetas heridos por la gracia son los anónimos del Romancero, Gil Vicente o Lope de Vega –los que modernamente imitaron su neopopularismo no pasan de graciosos–. Poeta de la dulce armonía sería Garcilaso. Y Lorca una lumbre trágica consumiendo poesía y vida. Mas ¿quiénes son los poetas de la emoción entre nosotros? Sin dudarlos San Juan de la Cruz, Bécquer, Juan Ramón Jiménez: el ventalle de cedros, el arpa en el salón oscuro, las lilas húmedas golpeando un cuerpo hermoso, nos acompañarán siempre. Esa emoción que nos turba como un espectro amigo con sus leves pisadas en nuestro corazón.

Volvamos al poeta y su desnuda celda iluminada como un ojo en la oscuridad. En total desvelo, investigándose a sí mismo como decía Heráclito, redescubriendo el rostro sin engaños para poder reconocerse. En ese proceso del conocimiento María Zambrano clareará esas voces, ese rumor en la profunda cueva y ya no estará solo el creador. Reaparecerá el ser escondido en máscaras, sombras, sueños. El poeta será su doble y a la vez su antagonista. “El otro. Lo otro. El otro es la compañía que todo ser necesita”.

Establecido el inevitable diálogo, la cita de Cernuda sobre mirada y palabra como alas de la poesía recobrará su elevadora dinámica. Y a ese ¿quién mira el mundo? ¿quién lo mira con mirada desinteresada? podríamos decir que es el niño, aprendiendo a veces a mirar de la mano del padre, aprendiendo a leer, que es otra manera de mirar, en los ojos de la madre. Y será la infancia con la sorpresa vibrando fresca, inocente a cada paso de un mundo que, en esos instantes, será sólo nuestro: paisaje, ciudad, animales, cosas.

Discurrirá el río en asombro junto a la adelfa roja –porque el color será también definitivo y determinante, al contrario de esos sueños de amanecida y celuloide rancio donde transcurre la acción en blanco y negro–. Y copiará el río no unas altas montañas indescriptibles como las de las láminas de la enciclopedia, sino unos suaves montes donde se alzarán la encina, el pino, el olmo, los almezos. Moverá el olivo sus hojas interrogantes de verde, de plata, como si quisiera darle al niño su lección de versatilidad en un universo cambiante. Blanco como el torrente, las crines en lava desbordante, braceará el caballo en la siesta de agosto. Y la humildad franciscana del asno con su hábito de resignación. Y el gallo negro, centinela del clarín y la arenga en la soberanía de su comarca. Bajarán los reba-

ños, balidos de víctimas por las cañadas reales y la perdiz enjaulada lanzará su endecha de traición. Todo pintado en el asombro, todo nuevo grabando la cinta virgen de la imaginación, el intuir sensible por primera vez y para siempre. Y la amapola trémula, y la rosa soberbia, y la magnolia febril, y el lirio heráldico. Cerca de ese paisaje y de ese río estará la ciudad. Piedras calizas de los templos, gritos del vendedor en el mercado, líneas de sombra las estrechas calles. Oídos nuevos para la encelada guitarra junto al patio que recata el movable arabesco de la cancela. El pan moreno de la belleza repartido en comunión de fidelidad, nutriendo altos ideales. Algún día, esas manos amigas lo acercarán hasta el mar y el niño creará ciegamente que se encuentra ante la grandeza de Dios.

Sobre este hondo y limitado orbe infantil caerá la noche. Otros mundos desde ese cosmos obscuramente palpitante le enviarán su mensaje, el misterioso discorrir en órbitas sonoras e inmutables de estrellas, constelaciones, astros. Y será el firmamento ingenua carta astral, astrolabio donde brillan los cuerpos celestes con nombre familiares, humanos: el Carro, los Gemelos, la Cabeza del Caballo, el Boyero, los Canes, el Cisne. Enigmáticas, desterradas, incomprensibles todavía para la mente expectante del niño, sonarán las denominaciones de Aldebarán, Sirio, Orión, velados heraldos que, como en los cuentos orientales, sus vestiduras de oro presagian países nunca visto y son dueños de cifras mágicas para los prodigios más fantásticamente reales. Y con la noche compartía un adormecimiento de aventuras en ciudades almenadas de cuarzo, con lunas múltiples en espacios insondables y pájaros posados como góndolas en lagos reberverantes de esmeralda. Pasado el tiempo leerías en el *Bomarzo* de Mújica Laínez: “Mi gran placer sensual ha derivado siempre de la felicidad de los ojos. Ni el orden melódico más exquisito, ni el aroma más raro, ni el contacto con la piel humana más dorada y suave, ni el vino, ni el beso pueden procurarme el goce que los ojos me brindan”.

El niño con su larga mirada limpia crea los miedos, los mitos, los altares que han de acompañarle siempre. Y dirá Baudelaire: “la poesía —o el genio— no es más que la infancia recobrada”.

Paralela a la mirada, alzándose gemela de ella como alas de arcángel, llegarán las palabras, brotará ese diálogo que tiene mucho, con sus reticencias y sus deliquios del lenguaje de los enamorados. Tal vez esa primera palabra sobre la que organizar la arquitectura del poema le será dada, la poesía es un don dice Holan, “en el sitio menos oportuno, un autobús, una visita impertinente o la parada de un semáforo. Y esto me recuerda con todo respeto y a la vez cómicamente, aquellos arrebatos de Teresa de Jesús en el ajeteo de las sartenes: Y también aquel cuento obsesivo de Borges donde “El Aleph” acecha en un angosto sótano, con sus espejos que reflejaban infinitos y donde podían verse a la vez el alba y la tarde, las muchedumbres inquietas y el tigre desdeñoso de los suicidas.

No se piense, en este advenimiento de la palabra, que hay específicos vocablos poéticos. Toda palabra engastada en el concepto necesario puede ser afortunadamente poética. De hecho lo es todo el lenguaje. Con el modernismo, en los años finales del siglo XIX, caricaturas en los periódicos de la época mostraban algunos de los nuevos poetas emergiendo de un saco donde iban escritas las palabras más usuales de su léxico y que solía ser la gama joyante de ópalos, zafiros, rubíes, madre-perlas. Otra cosa distinta es la predilección de un autor por determinadas

palabras, hasta el punto que un adjetivo puede ser el santo y seña de su identidad; los amigos de las estadísticas tienen confeccionados estos inventarios. Y Moreno Villa sostiene “que esa palabra repetida es la clave de nuestro sentimiento, la semilla profunda de nuestra psique”.

Palabra esencial en el tiempo pero ¿qué criba usar entre el fulgor de voces afines? Siempre la más justa, la más iluminadora, sin tener miedo, pero sí cuidado, en el uso de palabras arcaizantes, porque lo que puede ser un acierto resulta a veces “pastiche” risible. El maestro Azorín, tan injustamente alejado de nuestras lecturas de hoy señalaba esta característica del nuevo lenguaje enriqueciéndolo con “viejas palabras, plásticas palabras, a fin de aprisionar menuda y fuertemente la realidad”. Al fin y al cabo esta era la lección que había dado Góngora volviendo las aguas estancadas al manantial latino. Gustó también Azorín en su prosa de estos sabores desusados, con verbos tan gráficos como *fruir*, *jabardear* o *esplendorear*, con sustantivos tan sonoros como *pichel*, *brial*, *anacalo*, *limeta* o *alarife*. Lo mismo hizo atentamente Valle Inclán, y otro levantino, Gabriel Miró, nos aficionó al paladeo sensual y goloso de las sílabas, y las palabras no perdieron su añeja belleza ni la prosa su modernidad. En cambio miramos como falsificaciones de anticuario la armadura verbal de un Ricardo León o de un Pereda: bajo la celada, el pavés o el escudo sólo encontramos las vendas de las momias.

Siempre se enfrentará el poeta a la dificultad de discernir la materia poética ¿Cómo hacer la elección? ¿Cuál será el resultado mejor? ¿Qué senda seguir? Todo lo aprendido en viejas y nuevas estéticas, la búsqueda de hallazgos que no sean reiterativos, el huir de toda transcendencia, el encontrar el preciso tono menor de una conversación en la atardecida, el contraste entre la retórica y la cotidianidad puede ser también equivocado objetivo. Al final el poeta se encontrará solo en lucha ciega como Jacob con el ángel. Y nos acordamos de José Miguel Ullán y de un hondo y breve poema suyo que lleva a la sonrisa:

Todo es azar. El papel  
y la herida que lo habita.  
Más necesita, eso sí  
un raro candil: La sed.

Esas escaleras tendidas a la introspección, esas antenas de la memoria nos llevarán al final hacia el incierto acaso de elegir, como en el verso de Machado, entre las voces, una. Pero ya lo sabemos: “La poesía no es lo que se busca sino lo que se encuentra”.

Y será ahora tiempo de acabar y volver al poeta que dejamos atento en el alerta de la noche. Al final el papel, su dulce “enemigo íntimo”, se ve tatuado de pequeñas, nerviosas grafías paralelas como surcos en un sembrado. Duda mucho el poeta, pero las tachaduras apenas resaltan en el escrito. Lo lee una vez más y resuena de nuevo el aullido de la soledad ante el abandono de la amada. Otra amante, a veces sumisa a veces desleal, la poesía, sonrío desde el rincón más oscuro del cuarto. El poema está terminado. Amanece.